



**BOLETÍN  
DE LA ACADEMIA  
NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen XCVII N° 200  
Julio–diciembre 2018  
Quito–Ecuador**



# **BOLETÍN DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA**

**Volumen XCVI  
N° 200**

**Julio–diciembre 2018  
Quito–Ecuador**



## ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

DIRECTOR:	Dr. Jorge Núñez Sánchez
SUBDIRECTOR:	Dr. Franklin Barriga López
SECRETARIO:	Ac. Diego Moscoso Peñaherrera
TESORERO:	Hno. Eduardo Muñoz Borrero
BIBLIOTECARIA-ARCHIVERA:	Mtra. Jenny Londoño López
JEF. A DE PUBLICACIONES:	Dra. Rocío Rosero Jácome
RELACIONADOR INSTITUCIONAL:	Dr. Vladimir Serrano Pérez

## BOLETÍN de la A.N.H.

Vol XCVI  
Nº 200  
Julio-diciembre 2018

© Academia Nacional de Historia del Ecuador  
p-ISSN: Nº 1390-079X  
e-ISSN: Nº 2773-7381  
Portada  
Rafael Troya, autoretrato  
1913

Diseño e impresión  
PPL Impresores 2529762  
Quito  
landazurifredi@gmail.com

octubre 2019

Esta edición es auspiciada por el Ministerio de Educación

## BIENVENIDA A RAFAEL QUINTERO LÓPEZ COMO MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA

Jorge Núñez Sánchez<sup>1</sup>

Una Academia es, por antonomasia, un centro de reflexión colectiva, de intercambio y debate de ideas, de búsqueda de nuevos conocimientos y de difusión de los mismos. Y una Academia dedicada al estudio de la historia y que se define como nacional tiene unas tareas adicionales, cuales son la de pensar en la nación a la que representa, de analizar los derroteros por los que transitó su historia, de rescatar toda la rica fenomenología del pasado y no solo una parte de ella.

Esto me lleva a revisar brevemente la historia de nuestra institución, que nació como un grupo de entusiastas jóvenes, liderado y estimulado por ese gran precursor de la historia científica, de la arqueología y de la antropología que fue Federico González Suárez. Ellos crearon en 1909 la “Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos”, entidad que estaba enfocada al estudio de la historia bajo el impulso de una corriente científica entonces muy actual, el positivismo, que ponía énfasis en la utilización de los documentos como base para la construcción de una historia cierta, que superara la antigua historia legendaria, usada en los tiempos coloniales y aún la historia partidista que había reinado en el siglo XIX republicano. Por su parte, el nombre dado a la entidad mostraba el amplio horizonte continental al que ella se abría, para escapar de una visión aldeana, reduccionista y egoísta.

El impulso vigoroso con que creció esta entidad durante sus primeros años, los trabajos de investigación que puso en marcha y las publicaciones que hizo, causaron gratísima impresión en el Ecuador de aquel tiempo, al punto que, once años después, en 1920, el Congreso Nacional la reconoció como *Academia Nacional de Historia*

---

<sup>1</sup> Director Academia Nacional de Historia

y dictó una ley especial, asignándole grandes tareas al servicio de la nación y otorgándole los recursos necesarios para ello. Entre las tareas encargadas a la nueva Academia estaban: las de estudiar y difundir la memoria histórica del Ecuador, recoger y cuidar su patrimonio documental, preservar todas las formas de su patrimonio cultural y formar historiadores, arqueólogos y estudiosos de las disciplinas históricas.

La nueva Academia asumió ese inmenso reto hasta donde pudo, pero, su pequeño tamaño le impidió emprender muchas tareas al mismo tiempo. Siguió, pues, empeñada en sus tareas habituales, que comprendían la publicación regular de su boletín, muy apreciado por la opinión pública y, buscado con afán, por estudiosos y coleccionistas. De otro modo, fue afectada por un creciente ensimismamiento, una suerte de encapsulamiento intelectual e ideológico, muy en la tradición de las academias europeas, por el que sus miembros se veían a sí mismos como un grupo de privilegiados destinados a la inmortalidad. Y eso, fue reforzado por el espíritu hispanista y aristocratizante que se regó en las clases dirigentes del Ecuador, desde los años treinta, como una respuesta de la derecha, frente a la democratización de la sociedad impulsada por el liberalismo, primero, y por el socialismo, después. De este modo, se fue produciendo una incurable contradicción intelectual.

Por un lado, había un nuevo país nacido de las reformas del alfarismo, que cada vez leía más, escribía más y pensaba más; un país donde florecían la Generación del Treinta en la literatura, la Escuela de Arte Social en la pintura y escultura, la Escuela Musical Nacionalista, una vigorosa Escuela Pedagógica Laica y nuevas sociedades de reflexión y acción intelectual, como la *Sociedad Jurídico-Literaria* y el *Círculo de la Prensa del Ecuador*. Un país en el que las mujeres irrumpían por primera vez en la literatura, el periodismo y la vida pública; un país que se llenaba de inteligentes revistas y suplementos culturales, que respondían al interés de un creciente universo de lectores. Por otro lado, estaban unas academias, cerradas sobre sí mismas y, convertidas en reductos del más rancio tradicionalismo social e ideológico, cuyas puertas estaban clausuradas a esas nuevas corrientes de ideas y de creación intelectual que florecían en el Ecuador.

Así llegaron los años cuarentas, cuando el país fue invadido y mutilado territorialmente, tras lo cual, el pueblo ecuatoriano se alzó contra la tiranía seudo constitucional que imperaba e hizo la Revolución del 28 de mayo, popularmente llamada “La Gloriosa”, en busca de un gran cambio que produjera la reafirmación nacional. Y entonces, como uno de los resultados positivos de esa revolución, nació la Casa de la Cultura Ecuatoriana, de la mano de uno de los nuevos abanderados de la cultura nacional, el gran Benjamín Carrión, y de los ya afamados escritores, pensadores y artistas de aquel tiempo.

Esa Casa de la Cultura nació como una suerte de gran academia de academias, en la cual tenían cabida todas las especialidades intelectuales y artísticas y todos sus cultores, sin diferencia de géneros, ideologías, etnias, edades y nacionalidades. Y su vigoroso crecimiento y desarrollo se expresó en la formación de sus Secciones Especializadas, entre ellas la de Historia y Geografía, que pasó a estar dirigida por el brillante Pío Jaramillo Alvarado, llamado con justicia; “Doctor en ecuatorianidades”, y quien, más tarde, presidió la Casa de la Cultura Ecuatoriana. También, nacieron sus Núcleos Provinciales, con lo cual la nueva academia adquirió fuerza y alcance realmente nacionales.

El nacimiento de la CCE marcó, para las anteriores academias, un período de repliegue institucional. En lo que se refiere a nuestra Academia, hay que señalar que la Casa de la Cultura los invitó a participar en ella, a sus miembros más destacados: (Jacinto Jijón, Carlos Manuel Larrea, Isaac J. Barrera, José María Vargas) y luego, eligió como su primer Vicepresidente a don Jacinto Jijón, ex Director de la ANH, quien permaneció en esa función hasta que fue designado alcalde de Quito, un año después. Empero, en ese nuevo ambiente de renovación creado en el país, la Casa asumió, valientemente, aquellas tareas que nuestra entidad no había querido o no había podido asumir, tales como: el desarrollo de un Archivo Nacional, de la Dirección Nacional de Patrimonio Cultural y de los museos nacionales.

Y así llegaron, finalmente, los años del presente siglo, en el que la *Academia Nacional de Historia* casi llegó a su extinción. Perdió

su sede oficial, que le había sido entregada por el Gobierno precisamente en tiempos de “La Gloriosa”, por cuanto sus pocos y ancianos miembros no querían asistir a un local que se hallaba en el centro histórico y rodeado de vendedores ambulantes. Más tarde, el techo de aquel local fue destruido por el invierno y la falta de cuidados, con lo cual, se perdió la mayor parte de la biblioteca institucional. Al final, la Academia se vio en el caso de arrendar una oficina privada, mientras su Director, el doctor Manuel de Guzmán Polanco, desenvolvía numerosas gestiones, ante las autoridades nacionales y locales para obtener una nueva sede institucional.

Los esfuerzos del doctor Guzmán tuvieron buen resultado, gracias a la generosa actitud del alcalde de Quito, general Paco Moncayo Gallegos, y de la ilustre municipalidad capitalina, quienes expropiaron y restauraron este hermoso local, la Casa Alhambra, para consagrarla como nueva sede de nuestra institución.

En cierto modo, la posesión de este nuevo edificio trajo nuevos aires a la Academia, que buscó celebrar, con altura y dignidad, el bicentenario de la Revolución Quiteña de 1809. Fueron convocados historiadores a un Concurso internacional sobre el tema y, también, a una reunión extraordinaria de la Asociación Iberoamericana de Academias de Historia, que tuvo gran lucimiento. Así, empezó a abrirse la entidad, a la llegada de nuevos miembros y, al establecimiento de relaciones activas con entidades similares del continente.

Esas tendencias se mantuvieron en los años siguientes, con relativo éxito, aunque siempre, bajo el freno que imponían algunos de sus miembros numerarios, que se resistían a los cambios. Por todo ello, estaba visto que nuestra Academia necesitaba una profunda renovación en todos los órdenes. Requería abrirse a los nuevos tiempos y a las nuevas ideas, permitiendo el ingreso de nuevas generaciones de intelectuales. Necesitaba ampliarse a todo el país, para merecer justificadamente el adjetivo de nacional. Le hacía falta dejar los viejos cauces historiográficos, que eran básicamente los del culto a los próceres, la genealogía de las “grandes familias” y, la celebración de las fechas cívicas, para abrirse al nuevo horizonte historiográfico que habían señalado en el mundo la francesa Escuela de los Annales, la inglesa Escuela de Historia Social, la norteamericana Nueva Escuela

de Historia Económica y, sobre todo, la nueva Escuela Latinoamericana de Historia Social y Cultural.

Fueron esas necesidades impuestas por la realidad social del país, y por la realidad científica de la historia, las que impulsaron los cambios que emprendimos en el último lustro dentro de esta institución. De este modo, la pequeña academia, de aires aristocráticos, fue sustituida por una gran academia intelectual, a la que fueron invitados un buen número de historiadores y científicos sociales que se habían destacado por sus investigaciones y publicaciones. El apellido y la vinculación partidaria dejaron de ser elementos de consideración para nombrar a nuevos académicos, y, en su lugar, pasaron a primar los méritos intelectuales, los títulos, las publicaciones y la experiencia investigativa.

También se rompió con el centralismo de las grandes capitales regionales, y, la membresía de nuestra institución, que antes se hallaba concentrada en unas pocas ciudades, pasó a provenir de 21 provincias ecuatorianas, lo que equivale a decir que, hoy tenemos miembros en casi todo el país. En fin, rompimos, igualmente, la barrera étnico-cultural e incorporamos a los primeros académicos afrodescendientes e indígenas, entre estos últimos a un historiador quichua y a una intelectual shuar.

El país reaccionó con amabilidad a estos cambios. Por invitación de varios gobiernos provinciales y municipales, o de universidades locales, organizamos numerosos simposios de historia regional en la Sierra, Costa y Amazonía, en los que participaron nuestros académicos, junto a estudiosos locales y estudiantes del lugar. Paralelamente, montamos un Simposio de Historia de la Ciencia en el Ecuador, que tuvo relevante impacto, pues concurrieron a él investigadores, científicos del país y del exterior. Otro Simposio de gran éxito social fue el dedicado a la Historia del Movimiento Obrero, reunido hace tres años en Quito, en los locales del CIESPAL.

Una docena de libros de memorias testimonian esa labor, que ha estimulado el interés por la historia en diversas regiones del Ecuador. De otra parte, se han realizado reuniones periódicas con colegas de los países vecinos, dos con Perú y tres con Colombia, de las que también han quedado publicaciones útiles. En fin, el año anterior

convocamos un gran Congreso Internacional de Historia, titulado *“La Modernidad en Cuestión: confluencias y divergencias entre América Latina y Europa, siglos XIX y XX”*, que se realizó en Quito, del 26 al 28 de octubre de 2016, con apoyo de la Asociación de Historiadores Latinoamericanistas Europeos (AHILA) y de la Universidad Central, el que fue coordinado por la Dra. Rocío Rosero Jácome, tuvo la presencia de 60 ponentes internacionales y otros tantos nacionales, y contó con la presencia de alrededor de 500 concurrentes. Y, hace poco, hemos efectuado en Cuenca el Simposio *“Historia y Cultura Popular en el Ecuador”*, que contó con una gran asistencia, y tuvo lugar dentro del X Congreso Ecuatoriano de Historia.

Mención especial merecen las investigaciones y reuniones científicas realizadas en este tiempo y sus publicaciones resultantes. La primera de estas reuniones científicas fue la titulada *“Primer Simposio de Historia de las Ciencias y el Pensamiento Científico en el Ecuador”*, organizada en homenaje a nuestro ex Director el doctor Plutarco Naranjo Vargas y realizada entre el 25 y 25 de noviembre de 2014.

De manera paralela, fuimos desarrollando una investigación sobre la historia de los desastres naturales en el Ecuador, fenómenos hasta entonces descuidados por la historia oficial. Como resultado de ello, se publicaron dos libros: *“Historia de los desastres naturales en el Ecuador”*, de autoría de Franklin Barriga López, y *“Los fenómenos naturales en la historia del Ecuador y del sur de Colombia”*, coordinado y editado por quien les habla. Cabe destacar que el primero salió en septiembre de 2015, en coedición con el IPGH, y se agotó en pocos días, y el segundo asomó poco después y tuvo parecida suerte.

En los años siguientes se montaron nuevos proyectos investigativos sobre: Carlos Montúfar y su labor científica, política y militar; sobre Federico González Suárez, su vida y su obra; sobre los científicos judíos emigrados en la segunda guerra mundial y su aporte al desarrollo de la ciencias en el Ecuador; sobre los libros e imágenes prohibidos en este país nuestro; sobre la historia de los caminos y los arrieros y sobre muchos otros temas más. Algunos de ellos han dado lugar a nuevas publicaciones especializadas y otros se encuentran todavía en desarrollo.

Esta labor ha tenido también efectos internacionales. Hace tres años, fuimos invitados por la Universidad de Salamanca para presentar allí nuestro libro *Historia de la Ciencia en el Ecuador*, resultante del simposio homónimo, como parte de los actos preparatorios de las celebraciones de sus 700 años de fundación, libro que, poco después, fue también presentado en la Casa de América, en Madrid. Hace dos años, la Academia de Ciencias de Francia nos invitó a la celebración del día Mundial de la Ciencia, con ocasión de cumplirse su *tricentenario*. Y, este mismo año, fuimos invitados por la Real Academia Española de Historia y la casa real española, para el lanzamiento de su gran *Diccionario Biográfico-Histórico*, en el que participaron académicos de nuestros registros.

Hablemos ahora de nuestro recipiendario, un notable intelectual ecuatoriano, que fuera nombrado hace ya algunos años como Miembro Correspondiente de nuestra entidad, pero que pidió postergar su incorporación en razón de que se encontraba en el exterior, cumpliendo la alta misión de representar a nuestro país como embajador en la República Bolivariana de Venezuela.

Rafael Quintero López nació en Esmeraldas, en 1944. Es un Académico y científico social de profesión, que tiene en su haber intelectual 27 libros y más de 200 artículos sobre la realidad ecuatoriana, latinoamericana y de otros países, al igual que sobre temas teóricos.

Obtuvo su título de bachelor en el *Dartmouth College*, Hanover, EEUU, su maestría en ciencias en la Escuela de Economía de Londres, con una beca del British Council, y obtuvo su doctorado en la Universidad de Carolina del Norte, en Chapel Hill, EEUU.

Ha sido también diplomático y editorialista de varios medios alternativos de prensa. Ha sido profesor de la Universidad Central del Ecuador (UCE), Profesor de la Universidad Católica, de Quito, y de la FLACSO.

Fue fundador de la revista *Ciencias Sociales*, que dirigió por varios años, y editorialista de varias revistas especializadas en ciencias sociales. En el campo académico se hizo merecedor de una beca Guggenheim; luego obtuvo el premio Isabel Tobar Guarderas; más tarde el Primer Premio en Ciencias Sociales de la UCE, y fue ganador del Premio Nacional "Pío Jaramillo Alvarado" de la FLACSO.

Entre sus libros más importantes mencionamos: *El mito del populismo en el Ecuador: análisis de los fundamentos del Estado ecuatoriano moderno (1895-1934)*, FLACSO, 1980. *Ecuador, una nación en ciernes*, escrito en coautoría con su esposa Érika Silva Charvet y publicado en 1991. *Una lectura latinoamericana de Nicolás Maquiavelo*, Abya Yala, Quito, 2003. *Nueva crítica al populismo: limitaciones de la investigación social en torno al populismo*, Abya Yala, 2004. *Electores contra partidos en un sistema político de mandos*, Abya Yala, 2005. *Julio Estupiñán Tello: Historiador nativista de la negritud esmeraldeña*, Editorial La Tierra, Quito, 2007. *Asamblea Constituyente: retos y oportunidades*, Ediciones La Tierra, Quito, 2007. *Asociativismo municipal en América Latina: gobiernos locales y sociedad civil*, Abya Yala, Quito, 2006.

Tiene trabajos académicos traducidos y publicados en inglés, ruso, chino, portugués e italiano.

En su campo profesional laboró como consultor en 18 países de América Latina, y hace pocos años fue Subsecretario de Asuntos Multilaterales, y luego Subsecretario para Asia, África y Oceanía de la Cancillería ecuatoriana. De otra parte, ha sido un activo dirigente social, particularmente en Quito, nuestra capital, de la cual fue electo concejal en 1988, para un periodo de 4 años. Y finalmente fue embajador del Ecuador en la República Bolivariana de Venezuela, entre 2015 y 2017.

No quiero extenderme más. Bienvenido, doctor Rafael Quintero López, a esta renovada Academia Nacional de Historia, que le abre sus puertas y confía en que su presencia enriquecerá nuestros trabajos, nuestros debates y nuestra vida intelectual.

Muchas gracias a todos por su presencia

Quito, a 13 de noviembre de 2018



La Academia Nacional de Historia es una institución intelectual y científica, destinada a la investigación de Historia en las diversas ramas del conocimiento humano, por ello está al servicio de los mejores intereses nacionales e internacionales en el área de las Ciencias Sociales. Esta institución es ajena a banderías políticas, filiaciones religiosas, intereses locales o aspiraciones individuales. La Academia Nacional de Historia busca responder a ese carácter científico, laico y democrático, por ello, busca una creciente profesionalización de la entidad, eligiendo como sus miembros a historiadores profesionales, entendiéndose por tales a quienes acrediten estudios de historia y ciencias humanas y sociales o que, poseyendo otra formación profesional, laboren en investigación histórica y hayan realizado aportes al mejor conocimiento de nuestro pasado.

**Forma sugerida de citar este artículo:** Núñez Sánchez, Jorge, “BIENVENIDA A RAFAEL QUINTERO LÓPEZ COMO MIEMBRO CORRESPONDIENTE DE LA ACADEMIA NACIONAL DE HISTORIA”, *boletín de la academia nacional de historia*, vol. XCVI, N°. 200, julio – diciembre 2018, Academia Nacional de Historia, Quito, 2018, pp.270-277.